

SCHENGEN.

CAPÍTULO 1. PRESENTE.

A las nueve de la mañana, cuando las calles eran un bullicio de vida y actividad, el centro presentaba una esencia singular; el ruido de las persianas metálicas al levantarse rompiendo la mudez nocturna, el aroma a pan tostado de las cafeterías, la bocina del colegio llamando a los párvulos a clase, los saludos repetidos entre ajenos que comparten camino... Hoy, apenas quedan recuerdos figurados en las fachadas abandonadas; y si un desorientado viandante caminara por su bulevar sólo acertaría a escuchar el triste eco de sus pasos. Daría igual hacia donde mirara; el tiempo, en su batalla paciente gana caóticamente la deserción de la existencia. Locales en venta, patios invadidos por la maleza, el mobiliario urbano completamente deteriorado, y el olor, ese característico olor a cerrado.

Doresta pasó en tres años de ser ejemplo de prosperidad a ciudad fantasma: 67% de paro juvenil -59% considerando todas las edades-, cinco urbanizaciones del extrarradio despobladas, con sus estructuras esqueléticas al aire, un muerdo a la montaña recuerdo de las extracciones de áridos para la construcción, kilómetros de circunvalación sin conectar a la ciudad, fábricas sin producción, parques sin niños, oficinas sin trabajadores. Y el otrora orgullo de la urbe: los ECCE; los *Estudios Cinematográficos y Cultura Experimental*, tres edificios ovales que designarían tres ambientes distintos: *Espacio Historia*, *Espacio Terrenal* y *Espacio Lunar*, junto a diez almacenes diáfanos para los escenarios y atrezzo; todos vacíos. Los ECCE debían abanderar la vanguardia intelectual de la zona, y sin embargo, jamás conocieron el sonido de una claqueta ni el peso del cartón piedra. Noventa y siete millones de euros, en primer presupuesto, finalmente doscientos trece millones de despilfarro público; fríos números, ego sarcástico.

...

El hielo ya estaba casi derretido dentro del café. Pablo volvía a llegar tarde y Rubén no había podido evitar sentarse dentro del bar y pedir su taza de café solo con hielo, pero por educación había decidido esperar a su amigo. Sin embargo, Pablo volvía a hacer gala de su impuntualidad y Rubén detestaba tomarse el café aguado. Por fin, la puerta del bar se abrió y el joven Pablo, licenciado en historia hacía un par de años, con una nota bastante mediocre, según su padre, entró dejando el calor estival de los últimos días de junio al otro lado de la entrada.

- Este tiempo es imposible, Rubén, te lo digo en serio, hacía años que no pasaba tanto calor en Doresta.

- Exageras, como siempre. Anda, cuéntame eso tan importante que tienes que decirme, me tienes intrigado. Pero date prisa, me están esperando en casa; desde que mi padre se ha quedado en paro no hace otra cosa más que hacer chapuzas y tiene a mi madre loca, porque ahora quiere arreglar las estanterías del salón y ella dice que no hay dinero para eso. Bueno, no hay dinero para nada, ya lo sabes.

- Sí, lo de siempre. En mi casa cada vez las cosas están peor. Mi padre no para de exigir, se queja todo el día porque no tengo trabajo, pero luego él se gasta el dinero en las tragaperras. No aguanto más, por eso quería hablar contigo.

- No esperes que yo te ayude a encontrar trabajo. Estamos en las mismas los dos, llevo casi tres años sin pisar una obra y...

- Sí, lo sé -Pablo lo interrumpió con impaciencia-. Ya está bien, ¿no crees, Rubén? Yo no puedo estar pateándome todas las calles de Doresta por la mañana echando currículum, y estudiando unas



oposiciones que no salen... Me voy de aquí y quiero que te vengas conmigo. Nos vamos a recorrer Europa, vamos a buscar trabajo, un gran trabajo.

Rubén rompió a reír a carcajadas. Toda la clientela del bar se quedó mirándolo, hacía tiempo que nadie demostraba tanta alegría por aquellos lugares. En aquel barrio, lleno de obreros como eran Rubén y su padre, la mitad de los habitantes estaba en paro. Cuando por fin pudo volver a su estado serio de siempre, dijo:

- Estás loco. ¿Cómo me voy a ir de casa, ahora? Además, ¿quién te dice que vayamos a encontrar trabajo fuera? ¿A dónde vamos a ir? Tú, un titulado que no ha trabajado en su vida, y yo que no sé hacer otra cosa que poner ladrillos...

- Por eso mismo, necesitamos una oportunidad, y está claro que aquí no la vamos a encontrar. Yo estoy dispuesto a trabajar de cualquier cosa y tú también. ¡Despierta, joder! He estado mirando en internet y he encontrado una oferta de tren para Burdeos, dentro de tres días. Nos vamos a la vendimia y después ya veremos...

...

En la oscuridad de su habitación, con los sempiternos cascos puestos pero enfrascado en su interior, Rubén yace sobre la cama. En los auriculares suena Tom Waits, si cabe, más roto que de costumbre.

*There are things I've done I can't erase
I want to look in the mirror see another face
I said, "never", but I'm doing it again
I wanna walk away, start over again*

Duda de la decisión que tomó. Casi está convencido que no puede salir bien. Cuántos como ellos no lo hicieron antes, y fallaron.

*There's a winner in every place
There's a heart that's beating in every page
The beginning of it starts at the end
When it's time to walk away and start over again*

Sin embargo, Pablo siempre consigue embaucarle; desde niños. De acuerdo que lleva más de dos años sin trabajar, consumiéndose como la ciudad. De acuerdo que el futuro en Doresta es peor que negro. De acuerdo que necesita huir de las broncas diarias con sus padres. Pero...

*I left my bible by the side of the road
Carve my initials in an old dead tree
I'm going away but I'm going to be back when
It's time to walk away and start over again*

Le ha convencido para emprender un viaje a ciegas hasta Burdeos, sin mayor ayuda que una carta de recomendación de un conocido para trabajar en la vendimia. Los dos, solos. Él, sin estudios. El otro, un cabra loca sin experiencia.



No obstante, si estirara el brazo hasta la mesilla, tocaría el billete de tren comprado.

*Gotta walk away, gotta walk away, gotta walk away
Just wanna walk away yeah, wanna walk away and start over again
Wanna walk away, wanna walk away, wanna walk away*

Queridos lectores, el viaje ha comenzado. ¿Qué deciden?

A. Nuestros chicos llegan a Burdeos, o

B. Pablo, en su ansiedad, confunde el tren y toman otro destino.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 2A. ANHELOS Y DESTINOS.

- El tren con destino Burdeos va a efectuar su salida.

Los dos muchachos se miraron y en las pupilas del otro se descubrieron llenos de incertidumbre y de entusiasmo. Una mezcla temblorosa e impetuosa que los empujó dentro del vagón. Ocuparon su lugar en una de esas mesas destinadas a cuatro pasajeros, pero en frente de ellos no había nadie. El viaje era largo así que decidieron dormir, aunque la excitación que albergaban era demasiado grande como para permitirles conciliar el sueño. Simplemente fingieron hacerlo. Ambos fueron conscientes del momento en el que cruzaron la frontera pero ninguno emitió un solo sonido, ni hizo ningún comentario al respecto. Habían vencido la línea del miedo.

El tren se detuvo en Languedoc y subieron nuevos pasajeros. Un hombre extremadamente delgado se sentó frente a ellos, tras saludarlos levemente con un gesto rápido de cabeza, se colocó en el lado de la ventanilla y empezó a tararear una canción mientras miraba el paisaje:

*Non, rien de rien, non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on m'a fait, ni le mal
Tout ca m'est bien egal
Non, rien de rien, non, je ne regrette rien*

Los chicos no dejaban de mirarle de reojo pero el hombre parecía no darse cuenta. En cierto momento, sacó un paquete de tabaco de su chaqueta y descubrió que estaba vacío, entonces comenzó a despotricar en español. Les preguntó a los muchachos si ellos tenían algún cigarrillo, le apetecía mucho tomarse uno en la siguiente parada, se lo dijo en francés pero Rubén le ofreció uno en español. El hombre le miró con una media sonrisa que descubrió unos dientes amarillentos:

- No tenéis pinta de gabachos. Ninguno tenemos pinta de franceses. Vosotros parece que tenéis los pies pegados al suelo; españolitos por el mundo. Vais a Burdeos, a la vendimia imagino, ¿no?

- Sí, hablé con unos amigos, estuve indagando en internet y voilà, encontré una finca donde buscaban gente para la vendimia. Estaremos aquí todo lo que queda del verano. -Pablo respondió con esa inocencia entusiasta que a Rubén le crispaba los nervios y que le resultaba tan pedante cuando incluía además algún vocablo en otro idioma-.

El hombre pareció no hacerle mucho caso y continuó mirando por la ventana. Rubén fue quien enseguida se percató de que aquel tipo no iba a darles conversación, si bien él tampoco quería que lo hiciera, se puso sus cascos, deseando que el viaje terminara. Pablo, en cambio, no dejaba de mirarlo, esperando que el hombre de la sonrisa amarilla les dijera algo más. Seguro que él había estado en Burdeos y les podría hablar un poco de lo que les esperaba allí.

Édith Piaf volvió a resonar en la voz grave del señor:

*Non, rien de rien, non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on m'a fait, ni le mal
Tout ca m'est bien egal
Non, rien de rien, non, je ne regrette rien
Car ma vie, car me joies
Aujourd'hui ca commence avec toi*



De repente, alrededor de una hora después, el hombre los miró y comenzó a hablar:

- Yo vine a Francia hace, qué sé yo... hace quince años. L'amour toujours l'amour... -el tipo de la sonrisa ajada comenzó a reír de una forma nerviosa. A los chicos cada vez les recordaba más a un borracho-. Vine hace mucho tiempo y hace mucho tiempo que no regreso. Yo era empresario. En realidad, creo que lo sigo siendo, seguro que alguien firma por mí -volvió a reír y se quedó un buen rato mirando por la ventana-.

- Es precioso, ¿verdad? Estoy completamente enamorado de estos lugares. Ya veis, tengo cincuenta y tantos años y he descubierto al amor de mi vida, después de Else. Oh la lá, todas las francesas que te enganchan se llaman Else, Françoise o Colette. ¿Sabéis?

- En España estaba casado. Tengo una hija; tal vez ya tenga nietos, pero mi mujer me engañaba con mi hermano. Qué le vamos a hacer, son cosas que pasan. Así que cuando me enteré, me marché. Abandoné el negocio, lo dejé en manos de mi hermano; es un tipo listo, por eso se quedó con mi mujer; tengo que reconocerle el talento -movió rápidamente el cigarrillo entre sus dedos-. Después vine a la France y conocí a Colette, a Françoise y también a Marie; oh, qué piernas tenía Marie. Ellas daban todo por mí y yo daba todo por mí, también -sonrió ensimismado durante unos minutos-.

- Luego apareció Else, y no lamento nada de lo que sucedió con ella, os lo aseguro. Viajamos juntos a la India, a Japón, a Suecia, Dinamarca... cómo le brillaban los ojos en Dinamarca. Vacío mis bolsillos y luego se largó; pero no me arrepiento de lo mucho que la amé, y cuanto la sigo amando. No hay nada como desear a una mujer en distintos lugares. Tal vez por eso, siga aquí.

- No voy a volver a cruzar los Pirineos. Pienso seguir queriendo a Else en su propia tierra. Viajar en tren es cómodo y barato. Calculo que me puedo pasar el resto de mi vida de estación en estación. Puede que así la vuelva a ver, y si no... -volvió a reír y se quedó totalmente callado, mirando el paisaje-.

Pablo lo contempló durante el trayecto que quedaba. Rubén había escuchado todo aunque optó por no quitarse los cascos. Las conversaciones en las que alguien contaba sus problemas le incomodaban sobremanera.

...

Por fin, llegaron a Burdeos:

- Increíble, Rubén, lo de ese hombre es increíble. Un empresario, ¿has oído? Seguro que tenía que ganar millones, y que los seguiría ganando si volviera, y sin embargo prefiere pasar la vida de tren en tren. Románticamente estúpido, ¿no? Qué locura, pero tiene su encanto la historia; como lo tendrá la nuestra, ya verás.

Rubén masculló algo. Deseaba llegar al fin a la finca en la que habrían de trabajar. Un taxi los llevó hasta allí, y tras pagar a regañadientes lo que el taxista abusivamente les cobró, se encontraron con una mujer de unos cuarenta años, esbelta y de pómulos elevados. Se presentó como Régine, su nueva jefa y para sorpresa de los chicos, no los condujo hacia una casa donde alojarse sino hacia unas tiendas de campaña.



Pasaron entre decenas de hombre y mujeres que no mutaron su expresión, ni siquiera contestaron a los intentos de saludos por parte de Pablo. Aquello era distinto a como él esperaba.

¿Cómo continúa la aventura, queridos lectores?

A. Deciden revolver sus planes iniciales buscándose la vida por Burdeos, o

B. Rubén intenta calmar a Pablo y le pide que aguante unos días hasta conocer las condiciones laborales.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 3B. ÍMPROBA REALIDAD.

Cuando Pablo y Rubén escuchaban, con el macarrónico acento, las palabras de Régine experimentaron esa sensación de oscura certeza; **“dispuesto a trabajar de cualquier cosa”** se pensaba y decía mucho más a la ligera que en la hora de la verdad.

Por el jornal de diez horas, contando los desplazamientos y descansos, se cobraban cincuenta y cinco euros diarios; y se trabajaban los siete días de la semana hasta el final de la cosecha. Hasta aquí, lo esperado por los chicos. Sin embargo, los *dépenses* eran bastante más elevados y en peores circunstancias que las planificadas desde Dorestá. Diecinueve euros diarios por la estancia y manutención en el campamento, treinta y siete euros al recibir una bolsa con dos uniformes enterizos y una especie de botiquín con apenas un rollo de gasas, esparadrapos, un bote de alcohol, otro de amoníaco, repelente en spray y siete grajeas de ibuprofeno...

Los chicos se observaron de soslayo mientras la retahíla de la estirada francesa martilleaba sus tímpanos con más gastos que debían sufragar por trabajar para ella: **“dos euros por cinco minutos de agua caliente, un euro por una hora de conexión a la red eléctrica, tres euros la lavadora, sin detergente claro, tres euros más diarios la consigna, veinticinco de fianza por la llave...”**. Rubén, con la mirada en sus pies intentaba calcular cuándo amortizarían el pago, al menos, de los billetes de tren. Pablo, estupefacto, seguía los gestos de la mujer sin oír ya sus palabras. Régine les presentó un folio con el desglose de todas las cuotas, las condiciones de trabajo –donde leyeron que serían porteadores, fuese lo que fuese aquello- y el horario: desayuno a las seis, partida a las seis y media, regreso a las cuatro y media, cena a las cinco y cierre del campamento a las seis. Firmaron, como los reos una sentencia, y se encaminaron hacia la tienda que compartirían con otros seis.

...

Solos en el interior, bajo la lona al sol de julio, a Pablo parecía que le volvía el color:

- **Vámonos de aquí, Rubén** –cuchicheaba con evidente indignación-
- **¡No digas gilipolces!** –y sonó con más brusquedad de la que nunca antes había escuchado Pablo en su amigo-. **Hemos venido a trabajar. ¡Necesitamos trabajar! Esto no es una excursión con papá y mamá, ni una aventura de tus libros, ni siquiera un viaje de turismo; es dinero y comida por mano de obra. Sin más.**

Transcurrieron varios minutos de silencio afectado. Rubén cerró los ojos aunque no dormitaba; podía escuchar el ritmo acelerado en las pulsaciones de Pablo, y decidió apaciguar su tono:

- **Calculo que en una semana habremos podido recuperar lo invertido en llegar hasta aquí. ¡Aguanta una semana! Sólo te pido una semana, y veremos.**

Otros segundos eternos de mutismo por parte de ambos, y Rubén prosiguió:

- **Yo no me marcho. No puedo. Y tampoco quiero que te vayas tú** –si Pablo esperaba una disculpa por parte de Rubén, esta reflexión era lo máximo que podía conseguir de quien no está acostumbrado a excusarse-.

- **Vale. Una semana. Y veremos.**



...

El primer día de trabajo amaneció temprano. A las cinco y media de la mañana gimieron con ironía los altavoces por el campamento, se encendieron los focos y comenzó el ajetreo con cierta demencia. Como la mejor actitud cuando uno es novato en cualquier lid es emular lo que vieras, así actuaron los dos jóvenes. Recogieron sus sacos y mantas en el petate de tela y siguieron a los magrebíes con quienes compartían cobijo hasta la barraca que hacía las veces de *consigne*. Depositaron en sus taquillas el fardo, rescataron los trajes del fondo de la bolsa y se enfilaron hacia los aseos. Lo siguiente que se pierde cuando uno acepta ciertas limitaciones es el pudor. Existían dos clases de baños: los interiores, donde pagabas por el agua caliente después de cierta espera, y una hilera de alcachofas en la pared posterior de la misma caseta, a la intemperie. Aquí no había tanta demora, obviamente, pero ahorrabas dos euros. Se acicalaron cuanto les permitió el frío y se uniformaron aprisa. El desayuno, tan gélido como la ducha al aire libre, consistió en un *café au lait*, *pain grillé*, saladillo –una especie de tocino magro-, fruta y aguardiente.

A las seis y veinte ya se apelotonaban en el umbral de acceso a la finca esperando a los camiones, como les explicó Rui, o Gui, o Luiz; algo así: un portugués de unos cuarenta años, quien fue el único que se acercó a ellos en dieciocho horas de estancia en la finca. Y les advirtió que debían hacer lo posible por subir pues había más temporeros que trabajo; si por enfermedad, por descuido o por apercebimiento de algún capataz permanecían en tierra, ese día no cobrarían.

Y subieron, por supuesto que subieron.

En el escaso trayecto hacia el viñedo, Pablo y Rubén permanecieron juntos, quizás algo encogidos por la situación, pero dispuestos a aguantar. Rubén, más curtido en el trabajo físico, e inseguro de su amigo, sólo pudo acertar a susurrarle antes de que los vehículos frenaran:

- No hables. No te quejes. No discutas. Intenta pasar desapercibido.

Pablo le miró perplejo, con rabia sorda, pero agachó la cabeza y asintió. Le dolió que no confiara en él, y haría todo lo posible por demostrarle que estaba equivocado. Jamás había trabajado, cierto; pero, qué se creía.

...

Regresaron cerca de las cinco, casi a punto para la cena. El tiempo justo para pasar por las duchas y vencer al polvo y al sol adheridos a la piel. Nadie habló en el recorrido de vuelta; sólo querían llegar, descontar otro día.

El *terrien* François, marido de Régine, se apeó del todoterreno que conducía con los cuatro capataces, les estrechó la mano uno por uno, y dirigiéndose a la masa de jornaleros que bajaban de los camiones, les encomió en francés algo ininteligible, a lo que acompañaron las risotadas de los otros cuatro. Estuvo controlando el día completo, comió exactamente lo mismo que ellos, e incluso se acercó hasta varios cortadores para reprenderles. Era un rudo labriego que había hecho dinero, pero que llevaba sus vides en la sangre.

Pablo, en un encuentro fortuito a media mañana con el propietario, se cruzó con él, y siguiendo las advertencias de su amigo, bajó la cabeza y continuó caminando mientras acarreaba el cesto de mimbre hasta los contenedores. Éste, le llamó la atención con una voz de alto. El joven se giró, más atemorizado que otra cosa:



- Oui, terrien?

El dueño le estaba ofreciendo una gorra para protegerse del sol, que Pablo aceptó con premura, pero incapaz de responder en francés con agradecimiento.

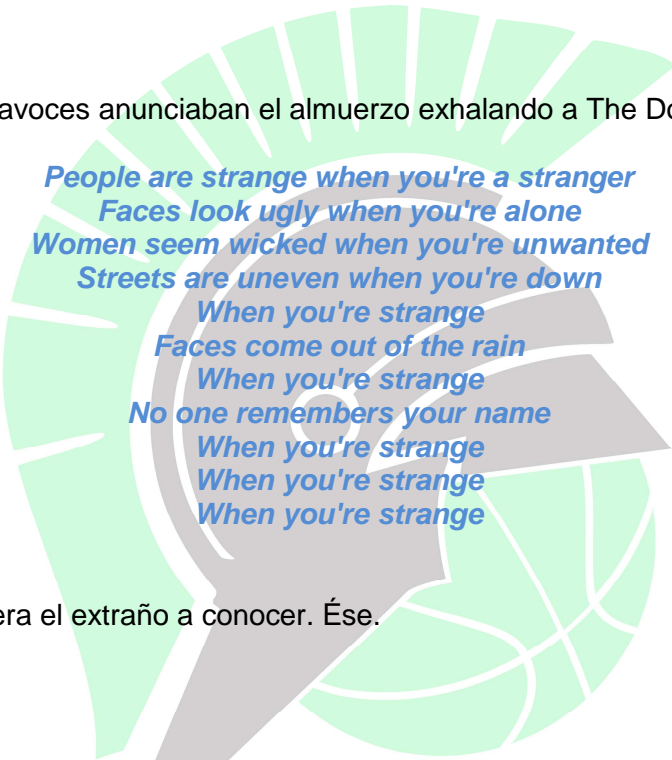
Y ahora, recién terminada la jornada de trabajo, se le mostraba la oportunidad. Se acercó hasta el grupo de caballeros y estando en frente del dueño, tendió su mano y confirmó:

- Merci, Monsieur. Merci beaucoup.

Los temporeros siguieron desde la distancia el acercamiento del novel, entre la extrañeza y la desconfianza. Aún peor, el grupo de los cortadores, cuyo trabajo era bastante más privilegiado, empezaron a murmurar. Y Rubén, desconcertado, no daba crédito.

...

A las cinco en punto, los altavoces anunciaban el almuerzo exhalando a The Doors.



*People are strange when you're a stranger
Faces look ugly when you're alone
Women seem wicked when you're unwanted
Streets are uneven when you're down
When you're strange
Faces come out of the rain
When you're strange
No one remembers your name
When you're strange
When you're strange
When you're strange*

Sin embargo, Pablo ahora era el extraño a conocer. Ése.

¿Qué opinan los lectores castrenses?

- A. ¿Los veteranos toman represalias contra los chicos?
- B. ¿Pablo intenta avanzar en el estrato de la comunidad a pesar de las advertencias?



SCHENGEN.

CAPÍTULO 4B. RESPETO

Las condiciones del trabajo no empeoraron durante los primeros cinco días de vendimia; simplemente se acumularon. El esfuerzo se amontonaba en las caras de cada uno de los temporeros, las horas de sol y polvo agrietaban aun más las facciones de su piel curtida, y sin embargo, era el hastío del receso de las tardes el que horadaba el ánimo del campamento. Algunos gastaban el lapso en la barraca que hacía las veces de cantina. Los más, dormitaban tras la cena a la sombra de pinos sueltos por la explanada; Rubén era de éstos. Escondido tras sus cascos, tumbado pero expectante de la escena que se desarrolla a escasos metros:

- *Joue.*

Resulta increíble –piensa Rubén- el modo en el que Pablo es capaz de adaptarse. Con esa actitud entusiasta que tanto le crispera a él, no obstante, consigue encandilar a quien está a su alrededor; incluso en una acampada a cientos de kilómetros de casa.

- *Et moi.*

- *Et moi.*

En cinco días, sólo cinco días –reflexiona el amigo-, y ya le conocen; «Full» le llaman. Tampoco le importa. Es más, juraría que le gusta. Se ha convertido en el tahúr de la finca.

Los dos magrebíes revelaron sus cartas ante la mirada del tercero, que no fue a la mano. Dobles parejas, uno; trío, el otro. Examinaron a Pablo, ni más blanco ni más sorprendido, quien oteaba en busca de Rubén apenas una mueca disimulada y exhibía sus naipes, todas rojas, todas corazones: color.

- *Merde* –se quejaron al unísono los norteafricanos-.

Mientras, recogía la baraja que trajo desde Dorestá para amenizar el viaje y computaba el botín de la timba: siete ibuprofenos, dos litros de vino y trece euros. Aceptaba casi cualquier cosa que pudieran usar, o al menos, trocar en cambalache. Tragó una de las grajeas, le dio otra a Rubén, y abrió una de las botellas, caliente pero dulce, para facilitar el sueño.

- *La destreza al póquer es el primer rendimiento que obtengo de los años en la facultad* –le confesó a su amigo camino de las tiendas con una amplia sonrisa-.

...

Daban buena cuenta del caldo peleón, tirados en la entrada de su cubículo, compartiendo los auriculares y pareceres, ignorando que también eran motivo de conversación en la intimidad de la Hacienda:

- *François, je n'aime pas les mecs espagnols* –anunció Régine-.

- *Le grand gars travaille comme une bête* –gruñó el marido sorbiendo la sopa, menos tibia de lo que esperaba-.

Es la pálida muestra,
Que alargando mi sombra,
Me declaras maldito
Me reduces la historia.



- **Ha pasado casi una semana. ¿Cómo lo llevas, Pablo?** –interrogó exhalando el humo del cigarro con miedo a escuchar una rendición de la boca de su amigo- **¿No ha sido tan malo, verdad?**
- **No. Por ahora, no.**

- **Je m'en fous** –sonó la rubia francesa tan estirada que hasta su marido levantó la mirada del plato, y dubitativo, atestiguó:

- **D'accord, d'accord** –sin embargo, no entendía los celos de su esposa por dos chicos que no habían tenido tiempo siquiera de montar ningún escándalo-.

**Te creías que eran gaviotas y son buitres
Y asustando de las nucas las esencias
Van, jugando con mi pan,
Jugando con mi pan.**

- **Pero no es** –continuó Pablo rompiendo el silencio- **el trabajo que veníamos buscando.**

- **Ya, claro** –se apresuró Rubén en contestar-. **Sólo necesitamos ganar algo de dinero para poder mantenernos. A la vendimia le quedan veinticinco días, más o menos. Y el esfuerzo es asumible, ¿no?** –le apremió-.

- **Supongo** –asintió con poca fe Pablo-

**Me dedico a soplar niebla
Que los bichos están ahí
Que prometen almohadas
Te las dan por las dos caras
Quieren jugar con la boca
De sangrar, de no latir.**

...

Al día siguiente, François aún maldecía los caprichos de Régine. Pensaba qué podía haber sucedido, o quizás qué sospechaba en los chicos españoles para que no se fiara de ellos. No obstante, solía acertar enjuiciando a las personas, casi a primera vista. Eligió a los dos jóvenes para portear la recolecta de las vides del oeste, y se lo comunicó a sus capataces; además, debían ir solos. Los encargados, tan extrañados como mudos, acataron la decisión del *terrien* a pesar del perjuicio para el trabajo. Rubén era un trabajador callado y tan productivo que, por sí solo, incrementaba el ritmo del resto. Pablo, más espigado, tampoco escabullía el duro esfuerzo. El camino del oeste era un auténtico calvario; una cuesta de quinientos metros hasta subir a los contenedores donde vaciar los cestos. Siempre había sido labor para cinco hombres, excepto hoy.

Los dos amigos se encaminaron hacia su puesto desconociendo la carga concreta del tajo. El grupo de cortadores, veteranos en la finca, comenzaron a cuchichear a sus espaldas y a lanzarles miradas taciturnas. Tampoco ellos comprendían la sinrazón de tan cruel mandato, pero obviamente, no osaron contravenir la decisión del propietario.

Y el implacable sol de julio en los bancales, estaba haciendo el resto. A punto de desfallecer, los jóvenes debían portear aún cuatro tabaques para completar la jornada; pero estaban exhaustos, casi deshidratados. Y debían hacerlo en algo menos de media hora, o regresarían al campamento andando, y probablemente, perderían la cena. Entonces, por entre el polvo de la rampa aparecieron varios temporeros escoltados por un capataz con los malditos cuatro cestos a sus hombros. Si algún día creyeron en la benevolencia de los hombres, fue al ver cómo acarreaban aquellas canastas de mimbre. Ese día se ganaron el respeto de sus compañeros.



...

Sin embargo, faltaba la última estocada. Recién bajados del camión que transportaba a los jornaleros, el *terrien* François les reclamó a la caseta de los capataces. Pablo y Rubén no comprendían qué sucedía hoy con ellos, pero evidentemente, no había sido el mejor día posible.

Amigos lectores, deben decidir si:

A. François desoye las exigencias de Régine y mantiene a los chicos en el campamento.

B. Expulsa a los dos amigos, sin más explicaciones.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 5A. PRINCIPIOS Y PREÁMBULOS.

Apenas levantaban los pies del suelo mientras se dirigían hacia la barraca de los capataces; más parecen asustados reos que trabajadores diligentes. Vencidos por el esfuerzo, sus exánimes caminares sólo exteriorizan la derrota física, porque dentro de sus cabezas, bulle la dispar desconfianza que la entrevista les genera.

Y en la de Rubén no deja de sonar, tan repetitivo, el himno oscuro de *The Tiger Lillies, Living Hell*.

*Climbing up the heavenly stairs
You know where you're going when you know where
You're going to hell
Yes, you're going to hell.*

*You're going down a hundred eighty degrees,
You can see when you can see
You're going to hell
Yes, you're going to hell.*

*You were weak, you were easy to squeeze,
They did with you as they please,
You're going to hell
Yes, you're going to hell.*

- ¿Qué pasará? –acertó a susurrar Pablo-.

- La verdad... no lo sé. No logro comprender el día de hoy –contestó Rubén con la mirada perdida, repasando los anteriores, sin atreverse tampoco a especular una razón-.

Transcurrieron los últimos metros en silencio, cabizbajos, sin un ápice de resistencia.

...

Tres largos minutos sentados frente al terrien, y los tres individuos permanecieron callados. Ninguno rompió el mutismo; los chicos, para evitar confundirse; el propietario, con gravedad, no dejó de mirarlos directamente. Pablo y Rubén no podían figurarse la dura pugna que mantenía el francés consigo mismo: perder a los dos trabajadores más jóvenes del campamento, a todas luces los más productivos, o desafiar la voluntad de su esposa, la cual no entendía. François se consideraba un hombre de firmes principios, y no estaba dispuesto a cambiar a su edad.

- *Très bon travail.*

Los dos amigos se observaron, esperando confirmar el uno en el otro que no se equivocaban.

- *Merci beaucoup, Monsieur* –cantaron al unísono-.

Y salieron con urgencia, casi de manera atropellada de aquella caseta, sin volver la vista atrás.



...

Los siguientes siete días fueron más de lo mismo; dura jornada en las cepas y timba después de cenar. El negocio iba bastante bien. Incluso mejor, proporcionalmente, al trabajo diario. Como habían llegado a escuchar en aquellos noticiarios en Dorestá, más propagandísticos que informativos, sólo *“reassignaban recursos sobrantes de agentes en superávit a consumidores escasos de ellos, por un precio menor al estipulado en un mercado sin competencia”*. Resumiendo, vendían más barato que la cantina. Si el litro de vino costaba un euro, pues ellos la mitad. Si el repelente en spray valía tres, lo despachaban por dos. Así con todas las ganancias en especie que Pablo se agenciaba con las cartas. Rubén se encargaba del cambalache actuando con disimulo, pero también con la rigidez que le caracteriza. De cierta manera, aprovechaban el miedo que éste ocasiona por su tamaño en el resto de jornaleros; aun más, cuando se corrió la voz por el campamento que los dos españoles habían acabado, solos, las vides del camino del oeste.

Sin embargo, esa tarde no jugarían la partida. En las tiendas hervía la actividad como en ninguna siesta; era víspera de 14 de Julio, cuando se conmemora la Toma de la Bastilla, fiesta nacional, y hasta en la vendimia se descansa *-sin cobrar el día según se encargó de recordar Régine, obvio-*. El caso es que los trabajadores, tras tantos días sin parar, ansiaban poder salir de la finca, poner rumbo a Burdeos, y con suerte, conocer el esplendor nocturno de la ciudad. Por supuesto, Pablo y Rubén no iban a ser menos y ya terminaban de asearse. Pagaron los tres euros convenidos *-mucho menos que lo abonado al taxista-* y se montaron al camión que aquella tarde, además del trabajo matutino, también hacía los desplazamientos hasta las orillas del Garona.

...

Pablo estaba entusiasmado. Adquirieron un mapa en un puesto de información e indicaba con vehemencia a su amigo los monumentos que se erguían ante ellos: la *Cathédrale de Saint André*, el campanario *Pey-Berland*, el Puente de Piedra sobre el Garona parduzco y lleno de légamo, y cómo no, el Puerto de la Luna; todo aderezado con las pinceladas históricas de relatos, anécdotas y leyendas que había aprendido de memoria en los días anteriores al viaje. Pablo, de tan apasionado podía resultar irritante, aunque a Rubén no se le ocurriría mencionárselo, menos con el esfuerzo que era consciente estaba realizando para permanecer en la vendimia.

Decidieron alejarse del centro turístico para tomar unas cervezas, cansados de deambular por las calles bulliciosas pero también deseosos de libar el amargo sabor de la cebada fermentada y abandonar, aunque fuese por una noche, el dulzor del vino.

- Venga hombre, cálmate. Estamos en Francia, joder, yo nunca he estado en Francia. Y sí, venimos a trabajar y todo eso pero habrá que pasárselo bien, ¿no?

Rubén me fulminó con la mirada. Me di cuenta de que aquel no era el camino. Pero no veía otro mejor. A la primera siguieron unas seis o siete más, no me acuerdo. El bar pareció menos tugurio con cada consumición, y pronto estábamos el uno en frente del otro animándonos con esa canción de Cohen que solíamos escuchar en Dorestá. Yo decía una frase y Rubén me seguía con la voz más ronca que podía. Nuestro inglés, he de decir, que es pésimo. Pero nos animamos y pronto pasamos de Cohen a los Rolling y de los *Rolling*, a unas inglesas que estaban en la mesa de al lado y que nos miraron con instintos homicidas.

La tasca se fue vaciando según avanzó la noche, y apenas quedamos dos grupos y una chica solitaria al final de la barra. Estuvo toda la noche apoyada en aquella esquina, mirando el vaso a cada trago y dando largas a cuantos se acercaron.



- **Vamos a presentarnos** –se espoleó Pablo, el más arrojado de los dos, dirigiéndose hacia ella-.
- **No la molestes. No quiere compañía** –agarró por el hombro el ímpetu de su amigo-.

La rubia, salió del trance ausente y les miró:

- **No importa. Sólo muerdo cuando quiero** –les espetó en un perfecto castellano-.

Desconcertados de escuchar su idioma por primera vez en las dos semanas, se avanzó ahora Rubén:

- **¿Española?**
- **Casi. Mi madre.**

Diana, que así se llamaba la joven, apuró su copa y les sugirió cambiar de local. Los chicos, obviamente aceptaron sin dilación. La suerte les había colocado delante de alguien que podía descubrirles otra cara de la ciudad, y no estaban dispuestos a perder la oportunidad.

Al par de horas, la claridad del amanecer sorprendió a los tres. Diana les reveló pequeños detalles de su vida, de su pretensión por escribir la gran novela del siglo, de salir de Burdeos, de conocer...

Tomaron juntos media docena de *croissants* sentados al sol frío de la mañana en una pequeña plaza que no reconocían. Se intercambiaron números de teléfono y correos, y los chicos pusieron rumbo de regreso a la finca.

...

Eran los últimos en volver al redil, o los primeros de la mañana, según se mire. Régine los vio aparecer por la alambrada y se precipitó hasta ellos sólo para decirles que aunque no hubiesen pasado la noche, también debían pagar la pernocta. Los dos amigos, de modo reflejo y quizás también por el efecto alcohólico de la noche, soltaron una carcajada. La estirada francesa, tan encendida como las uvas que recolectaban, giró sobre sí, y se marchó.

Queridos lectores, que quieren que hagan nuestros protagonistas por el 14 de Julio:

- A. Vuelven a Burdeos e intentan contactar con Diana, a pesar del menoscabo para los ahorros.
- B. Permanecen en el campamento atendiendo sus “negocios” propios como le reclaman los magrebíes.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 6A. FEU D'ARTIFICE.

Pablo se irguió sobre su jergón buscando el rostro de Rubén. No podía dormir, el sol de la mañana le cegaba pese a la somnolencia que le provocaba el alcohol y además llevaba un buen rato dándole vueltas a una idea que se le había ocurrido y que tenía que contar cuanto antes. El ex albañil, que tras el efecto de las cervezas había caído completamente dormido, se incorporó asustado ante la proximidad de su amigo, quien se había acercado a su oreja susurrándole que se despertara. En un momento estuvo a punto de pegar al alterador de su sueño pero se contuvo y a regañadientes escuchó lo que Pablo, con su entusiasmo habitual tenía que contarle:

- Luego volvemos a Burdeos. Necesito urbanidad, quiero pasear por las calles como un patriota más y ver desde alguna terraza los fuegos artificiales. Además... tengo ganas de volver a ver a Diana.

Rubén apenas lo escuchó. Le dijo que sí, que lo que él quisiera y se giró en la cama para seguir durmiendo. Al cabo de dos horas Rubén se desveló y recordó lo que había pasado hace un rato, arrepintiéndose al instante de haber aceptado la proposición de su amigo porque eso conllevaba no sólo la pérdida del salario de esa tarde y probablemente también del día siguiente, sino también los gastos de desplazamiento hasta Burdeos. Intentó inventar alguna excusa para rechazar el plan pero en su interior sabía que a él también le apetecía salir de allí de nuevo y vivir la fiesta nacional a la francesa, y ya que estaban, con la francesa, con esa simpática chica de boca gala y ojos españoles.

Se pasaron el día evitando a Régine porque Pablo recordaba perfectamente la forma en la que se habían reído en su cara al volver de fiesta. En cuanto tuvieron ocasión se escabulleron y en esta ocasión sí, pidieron un taxi con destino a la ciudad.

Burdeos era un hervidero de gente. El día anterior se habían hecho una idea de lo que aquella festividad suponía pero en esos momentos toda la ciudad les pareció una celebración en sí misma. Estaba a punto de anochecer y ya la gente se apilaba en los balcones para ver la explosión de luces de colores en el fuego. Por todas partes de Francia se lanzaban cohetes ese día; Burdeos no podía suponer una excepción. Pablo nada más bajarse del automóvil sacó su móvil y llamó al número que Diana les había proporcionado ayer para contactar con ella. La joven les indicó que se dirigieran a un bar cerca de la Plaza del Parlamento. Los dos amigos estaban tan entusiasmados que se animaron a hablar en francés por el camino para preguntar por dónde se iba a la *"Place du Parlement"*, se permitieron incluso gastar alguna broma o terminar las conversaciones diciendo que *Platini* era un tramposo que solamente sabía envidiar el fútbol español. Los viandantes hacían amago de protestar e incluso alguno se puso violento pero los chicos se giraban con un digno *"merci, au revoir"* en el instante preciso.

Diana, vestida con una camiseta sin mangas y una falda larga les esperaba fumando a la puerta de un bar llamado *"Les roses sauvages"*. Les indicó que dentro estaba con unos cuantos amigos más pero que se aburría soberanamente y les pidió que le hicieran un favor antes de entrar de nuevo en el bar. Un juego, una interpretación. Los chicos debían hacerse pasar por pareja, mientras que ella sería la ex novia indignada de uno de ellos. Así, presa del dolor de haber sido sustituida por un hombre se iría afligida en casa. Los chicos se miraron sin comprender muy bien si Diana hablaba en serio, en broma o aquello era el recibimiento francés típico. Estaba claro que la muchacha había bebido pero al parecer decía hablar totalmente en serio y les amenazó diciéndoles que si no colaboraban esa noche tendrían que *"faire la fête en solitude"*. Si le seguían el juego ella se ofrecía a dejarles dormir en su casa e incluso a acercarlos al día siguiente al campamento. Aquella mujer tenía esa mezcla de francesa dulce y de española persuasiva a la que resultaba difícil negarse. Así que Pablo, que se había nombrado a sí mismo como el novio que había descubierto a su amor homosexual, agarró fuertemente la mano de Rubén y entró en el bar.



Manu Chao hacía mover las caderas de los habitantes del garito:

**Welcome to Tijuana
tequila, sexo y marihuana
welcome to Tijuana
con el coyote no hay aduana.
Bienvenida a Tijuana,
bienvenida mi amor
de noche a la mañana
bienvenido a Tijuana...
bienvenida mi suerte
a mi me gusta el verte
bienvenida a Tijuana**

Diana entró después y les lanzó una fingida mirada de asombro. Se dirigió a sus amigos y comenzó a hablarles haciendo muchos aspavientos. Pablo, mientras, acariciaba la cara de un incómodo Rubén que en voz baja le dijo:

- Tío, no te pases ¿eh? No te acerques tanto a los lóbulos, que soy muy sensible.

Pablo retrocedió unos centímetros con los ojos muy abiertos:

- No me jodas ¿te está gustando?

- ¡No! ¡Qué dices! Es que me molesta que me toquen las orejas, me pone nervioso. ¡Eh! ¿Qué insinúas?

Diana les lanzó una mirada rápida desde su posición para que volvieran a acercarse y continuaran la actuación. Cuando ya llevaban un rato de risas fingidas y coqueteos que parecían escritos por los guionistas exagerados de una película de cine B, Diana se les acercó y sin mediar palabra abofeteó a Pablo, luego a Rubén, y salió del local. Los amigos de la chica se quedaron atónitos, pero acostumbrados ya a su imprevista forma de actuar no hicieron nada y continuaron bebiendo y charlando. Rubén y Pablo más atónitos aún, sobre todo éste último, tardaron un tiempo en reaccionar, cuando lo hicieron salieron del bar y se encontraron a Diana en el mismo sitio donde la habían encontrado un rato antes, desternillándose de risa. Al principio los chicos la miraron cabreados pero a Pablo enseguida le contagió la risa de la chica y no pudo evitar suavizarse. Rubén los miró y tomó una postura indiferente, aunque continuó un rato del camino hasta otro bar con el ceño fruncido hasta que Diana se acercó para darle un beso en la mejilla.

Aún tenían ganas de fiesta así que la chica les condujo hasta un local a las afueras de la ciudad. Pablo y Diana comenzaron a bailar en medio de la pista, casi desierta; Rubén se quedó cerca de la barra, se sentía incómodo con aquella situación de complicidad. Tras las ventanas de aquella especie de "boîte" apartada, la luz de un inminente amanecer comenzó a filtrarse y su amigo no parecía tener intención de volver al campamento.

Resuelvan, queridos lectores, de qué manera prosigue la historia:

A. Rubén decide dejar a su amigo en el bar y volver él solo al trabajo.

B. Los tres chicos pasan el día con Diana en su afán por explorar Burdeos.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 7A. SEPARADOS.

Apenas pudo sestear en el trayecto de vuelta al cortijo. Rubén se había acercado a su amigo en un momento en el que la francesa se encaminó hacia los baños y le susurró que regresaba a trabajar. Pablo le miró de hito pero tampoco se lo impidió. Ni si quiera objetó o hizo ademán de acompañarle; él quería quedarse con Diana, y así haría.

El taxi atravesaba los caminos de la campiña hasta la finca quizás demasiado deprisa, o quizás fuera el regusto alcohólico de la noche, pero al poner pie en el suelo Rubén vertió parte de su interior al camino ante la mirada reprobatoria de Régine. Corrió hasta el camión y en un último esfuerzo accedió a él. "Al menos no perdería el jornal y se alejaría de la estirada *Maîtresse* toda la mañana", se consoló el joven.

Antes, en su experiencia como albañil ya había trabajado de empalme, sin embargo aquello estaba siendo bastante distinto; el sol, la deshidratación y la resaca jugaban contra sus fuerzas, y tan solo la tregua del almuerzo a media mañana supuso un alivio. No pudo ingerir alimento alguno, cierto, pero pudo descansar un rato. La mirada curtida de uno de los capataces enseguida comprendió la situación del chico, y en esa camaradería que forjan los trabajos físicos de quien se ha visto en similar condición, mandó a Rubén hacia un camino de vides más corto y de umbría.

...

De retorno al campamento Rubén esperaba encontrar allí a su amigo, pero se confundió. Ni estaba ni había estado en su ausencia como le reconocieron varios de los jornaleros que se quedaron en tierra aquella mañana. Se duchó con agua helada y escasamente probó la cena. Vendió a los polacos el litro de vino que le correspondía, se marchó a la tienda con su saco de dormir, y una vez dentro, se enchufó a sus cascos. No habían dado las ocho de la tarde cuando yacía completamente dormido al calor de la loneta.

Despertó de madrugada sobresaltado, envuelto en un sudor acre, casi febril. Miró en derredor pero tampoco halló a Pablo.

- Gilipollas... –manifestó en un murmullo apenas audible- **Otro día sin cobrar.**

Y se levantó, ya desvelado y de mal humor. Se encaminó hacia los pinos, orinó al fresco de la noche y regresó al refugio de sus auriculares. Aún quedaban algunas horas para el alba, pero con el nuevo día tampoco llegó. Rubén, ya recuperado, trabajó en plenitud de energía, con un nervio ahogado por la irritación que le producía la inconsciencia de su amigo, sí, aunque también molesto por sentirse abandonado en un plan que originalmente partió de Pablo y su intrépida forma de venderle humo.

- Yo estoy dispuesto a trabajar de cualquier cosa –recordaba en palabras de Pablo-. **¡Ja!**

...

A las primeras preguntas curiosas del resto de los temporeros cuestionando sobre el destino del prófugo, Rubén se limitó a encogerse de hombros, pues no podía ofrecer mucho más. Y ante desconocidos jamás admitirá que su amigo le ha dejado tirado; los problemas particulares no se airean así como así.



El caso es que han pasado cinco días y no ha dado señales de vida. Rubén oscila entre el cabreo y la extrañeza porque aunque Pablo es un insensato, le sorprende no saber nada de él. Por eso, con el teléfono en la mano marca los números y piensa qué actitud tomar cuando responda al otro lado.

- **El terminal al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, deje un mensaje al oír la señal. Gracias.**

- **¡¿Qué cojones haces!?! -Sonó aun más perplejo si cabe que hace unos minutos-. ¡Llámame!**

Sin embargo, pasaron veinticuatro horas más y Pablo no le devolvió la llamada aunque Rubén se obstinaba en consultar el móvil a cada oportunidad, confiando que esa siguiente vez sí habría contactado. De hecho, se atrevió a telefonar también al número que les dio Diana, con la misma suerte. E insistió con ambos en varias ocasiones.

- **Jodido enamorado** –aventuró con voz queda mientras reposaba al abrigo de los pinos, la cena y el esfuerzo acumulado en las vides-.

Tampoco quería preguntar en Dorestá al padre porque sabía que la relación entre ellos no pasa por las mejores circunstancias. Si bien la desazón aumenta en proporción al tiempo sin novedades, resolvió no actuar de momento.

...

Queda menos de una semana de trabajo en la finca y el *terrien* François y los capataces han prescindido de más de la mitad de los jornaleros. El campamento no obstante ha ganado en vitalidad, sea por cubrir los huecos de los compañeros, sea porque la edad de los restantes también ha disminuido, ahora en la pernocta se pasa más tiempo en la cantina y la pitanza es mucho más generosa; el buen humor es generalizado.

La faena en el campo es mucho más específica, e incluso le están enseñando el oficio de cortador, a identificar la maduración de los racimos, a preparar cada cepa para la poda en verde de los sarmientos más jóvenes y descargar las ramas más viejas. Comparado con las primeras jornadas, ahora es una bendición.

Pese a esto, Rubén continúa taciturno. Pablo sigue sin dar noticias, los teléfonos permanecen desconectados y ha perdido la cuenta de los mensajes que le ha dejado. No es normal; ni si quiera en él.

...

CASTRA SERVILIA

El último día en la vendimia ha sido muy leve. Al mediodía ya están frente a la caseta de los capataces para recibir el pago de su trabajo, alineados, esperando cada cual su turno. Rubén entró casi de los primeros, mientras sonaba en la radio de la barraca un clásico francés de *Noir Désir*.

*Je n'ai pas peur de la route
Faudrait voir, faut qu'on y goûte
Des méandres au creux des reins
Et tout ira bien là
Le vent nous portera*



Recibió las felicitaciones de sus jefes, un sobre con la liquidación y los gastos de alojamiento descontados.

*La caresse et la mitraille
Et cette plaie qui nous tiraille
Le palais des autres jours
D'hier et demain
Le vent les portera*

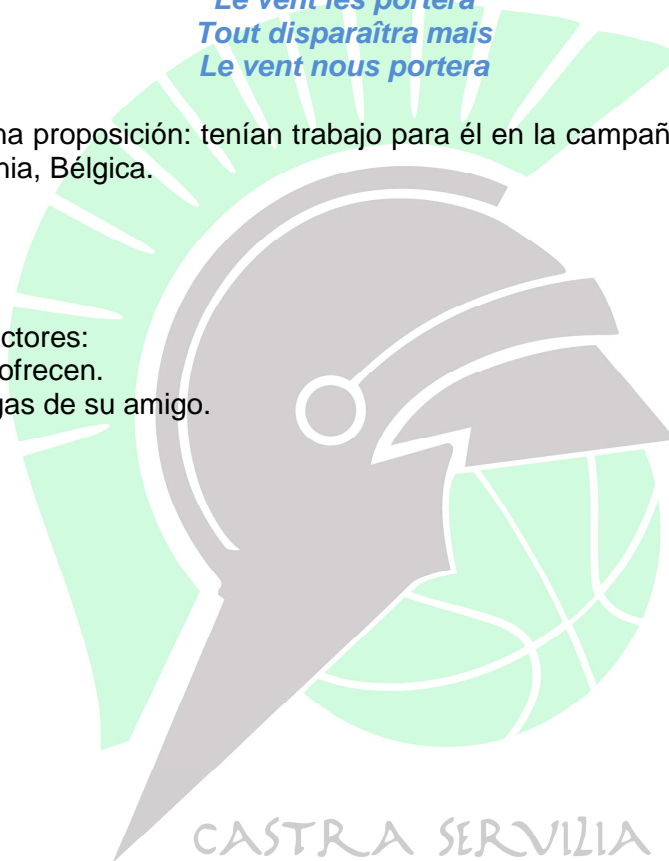
Reclamó también el sobre de su amigo, sin éxito.

*Pendant que la marée monte
Et que chacun refait ses comptes
J'emmène au creux de mon ombre
Des poussières de toi
Le vent les portera
Tout disparaîtra mais
Le vent nous portera*

Sin embargo, le hicieron una proposición: tenían trabajo para él en la campaña, recolectando manzanas y peras en una finca en Valonia, Bélgica.

Y ahora, qué deciden los lectores:

- A. Acepta el trabajo que le ofrecen.
- B. Inicia la búsqueda a ciegas de su amigo.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 8B. A CIEGAS.

Los capataces interrogaron con la mirada a la espera de una respuesta que se demoraba. Quizás si en la barraca no hubiese estado encendida la radio, hubiesen escuchado los resortes de la cabeza de Rubén sopesar la resolución. No le resultaba fácil; por un lado el sustento que le proveía el trabajo seguro, y por otro, la incertidumbre de no saber dónde se encontraba Pablo. Peor aún, en qué condiciones.

No tuvo más remedio que declinar la succulenta oferta pese al malhumor que le producía pensar que su amigo simplemente desapareció de manera irresponsable, con la primera rubia que se cruzó en su camino y le hizo caso.

Tomó la última ducha gélida en el campamento, acumuló las escasas pertenencias que transportaban, incluidos los bártulos del prófugo, y accedió a compartir un taxi hasta Burdeos con otros tres compañeros. Él se apeó cerca de la Plaza de la Catedral mientras el resto continuaban hasta la estación. Y por primera vez se sintió solo, en una ciudad si bien no del todo desconocida, tampoco tan trillada como para no experimentar cierta desorientación y vértigo.

No estaba acostumbrado a decidir; tampoco era un hombre de acciones irreflexivas, no obstante se movió por instinto. Con el callejero en la mano se encaminó a la *Bibliothèque*, utilizó un ordenador a disposición del público para conectarse a internet y así hallar la mejor manera de alojarse. Hasta que localizó un sitio donde pernoctar; una red de hospedajes compartidos con los anfitriones, quienes ceden su espacio libre en sus propias casas por un precio mucho menor, fuera de los catálogos tradicionales: *couchsurfing*. Debía admitir que era la primera vez que lo escuchaba.

Patrice era el hospedador. Intercambiaron algunos correos donde Rubén le expuso la situación, y llegaron a un acuerdo sorprendente: pagaría cuarenta y cinco euros, además de ayudar a pintar el apartamento, por el alojamiento y desayuno de cinco días. Increíble.

Trató aquella misma tarde al amable galo en la que sería su estancia por unas jornadas. Un tipo singular, con la boina calada, más para disimular la calvicie que por nativa costumbre, jersey de cuello vuelto, aun sufriendo el calor estival de ese julio, y vaqueros raídos de una talla mayor a la que necesitaba. Acaso por ser un desconocido, Rubén se desahogó con él. Contó que buscaba a un amigo de quien no tenía noticias desde hacía más de diez días, habló de Diana, de los bares que frecuentaron, de los teléfonos sin señal, de los mensajes sin respuestas... *Patrice* le escuchó hablar ese francés atropellado sin interrumpir, quizás con más cortesía que interés, pero a Rubén le resultó a la par, liberador y enérgico. Esa misma noche emprendió la batida por Burdeos. Visitó el pub de las afueras donde se separaron, interrogó a varios camareros por si reconocían a la pareja, y se tomó una cerveza esperando verles aparecer por la puerta en cualquier momento. Todo sin éxito, claro.

...

Pintó el pequeño piso en tres mañanas, sin problemas. La relación con el propietario era bastante cordial, muy alejada de la aversión que mostraba Régine con los jornaleros. La dificultad radicaba en obtener pistas del destino de Pablo. Esa cuarta tarde, anocheciendo, entró en la tasca donde conocieron a Diana. Casi podía verla apoyada en la barra, mirando el vaso a cada trago de una manera meticulosa, enfermiza; o eso pensaba ahora, después de la desaparición. Cuestionó al *loufiat* sobre la rubia mitad española y para su sorpresa, sí conocía a la chica, habitual del garito. Emocionado Rubén por la primera pesquisa



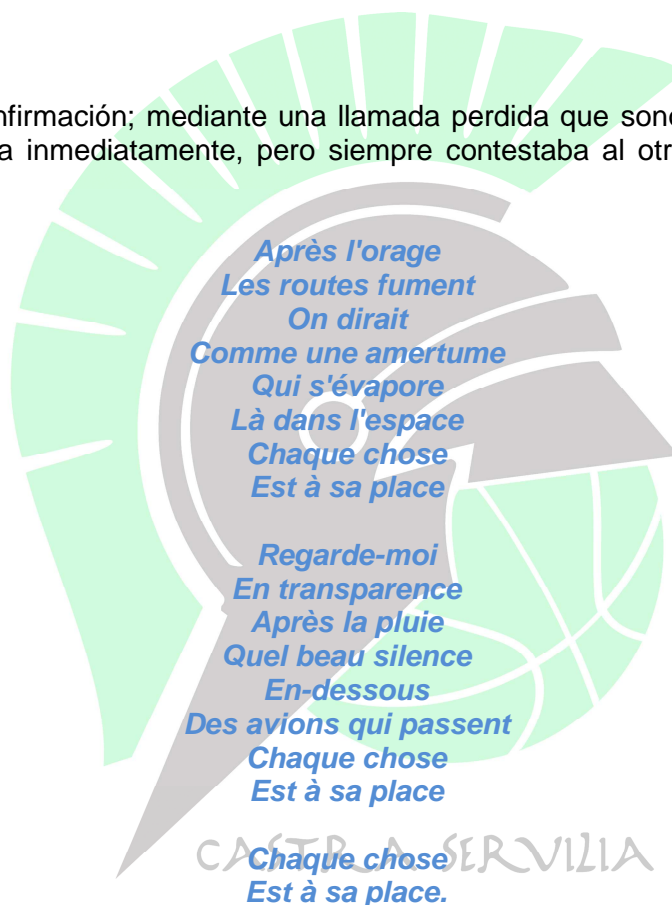
válida, intentó averiguar más cosas: dónde vivía, por dónde alternaba, quienes eran sus amigos..., o algo, cualquier idea que pudiera establecer una conexión con su paradero actual. El camarero dudó ante la excitación del joven, y éste, de nuevo tuvo que poner en antecedentes a un extraño; a su pesar.

Lo más significativo que pudo obtener de la conversación también fue lo más extraño. Obvio, el único nexo que existía entre ambos era tras ese mostrador, sin embargo le detalló que, de vez en cuando Diana rompía a hablar con él, de esa manera aproximada a las confidencias étlicas que escucha todo barman. Declaró sus intenciones de huir de *l'Hexagone*, hacia una granja hippie en Luxemburgo, una mina abandonada, algo al estilo *Woodstock* en *Bethel*.

El caso es que cuadraba en las figuraciones de Rubén; por lo poco que percibió de ella, y lo mucho que sabía del entusiasmo infantil de Pablo, encajaba. Aunque necesitaba más para embarcarse en un viaje de mil kilómetros que el mero indicio de una cháchara alcohólica.

...

Y no tardó en llegar la confirmación; mediante una llamada perdida que sonó al cruzar la salida del bar. Intentó devolver la llamada inmediatamente, pero siempre contestaba al otro lado la voz melodiosa de *Peppermoon*, espoleando:



El número +352544245200, que Rubén pudo averiguar a la mañana siguiente, pertenecía al refugio para mochileros "*Maison Rosati*", *Esch-sur-Alzette*; en efecto, Luxemburgo. Aquello sí era una orientación clara. Seguro que Pablo intentaba contactar; no podía ser de otra forma.

Reunió sus enseres, agradeció a *Patrice* su hospitalidad, pagó lo debido, y sin pensarlo dos veces, como nunca antes había actuado, se dirigió a la estación; compró un billete sólo de ida a *Esch*.



Tenía más de catorce horas de tren por delante para pensar cómo proceder cuando saludara a su amigo. Ahora, ya en marcha, dudaba de su decisión. ¿Acaso si había telefoneado, no es porque se encontraba bien? Y si quería empezar solo, ¿no debería hacer él lo mismo? ¿No sería un error intervenir cuando Pablo no lo había solicitado? ¿Y si acaso no podía contactar porque se lo impedían?

Demasiadas dudas en el último momento. Ayudemos al joven:

A. Rubén prosigue el viaje para escuchar las razones de viva voz a Pablo.

B. Cambia de destino en alguna estación intermedia buscando su porvenir como el amigo.



SCHENGEN.

CAPÍTULO 9A. ENCUENTROS.

La batería del reproductor apenas le había durado un tercio del trayecto a Rubén. Y como abandonó Burdeos de aquella manera casi irreconocible en él, tampoco tuvo la precaución de prepararse algo de comer para el viaje. No le quedó más remedio que pagar el abusivo precio de las máquinas expendedoras por un sándwich frío e insípido, una chocolatina francesa demasiado empalagosa y una coca-cola; aunque sin duda lo peor era aquel olor a sudor rancio del tren, casi agrio. Tomó la determinación de no enojarse; no al menos hasta conocer la versión de Pablo. Entonces sí mediría si había merecido la pena.

El resto del camino lo hizo entre adormecido y meditabundo. Con dificultad recordaba las paradas intermedias, las caras de quienes compartieron vagón, o las conversaciones ajenas vagamente entendidas. Al apearse del convoy un cartel con letras azules le daba la bienvenida a *ESCH/ALZETTE*. La humedad de la noche, la diferencia térmica entre le Gare y el andén, la soledad... azotaron con amargura y hambre la compostura del joven. Para lo primero aún no tenía remedio, pero para lo segundo atacó con fruición el buffet abierto 24hs de la estación.

Preguntó a un camarero por una pensión barata, y no sin el escollo del idioma, malentendió las señas de una especie de casa de huéspedes que alquilaban camas por horas. Sólo esperaba que no fuese lo que parecía; él sólo deseaba descansar.

...

Temprano por la mañana, después de una noche no tan ruidosa como temió, y tras agenciarse un mapa en el puesto turístico de la cercana *Rue Boltgen*, puso rumbo hacia el refugio para mochileros *Maison Rosati*; a cuatro kilómetros de caminata. Allí le atendió una chica morena que para su sorpresa se expresaba en un perfecto castellano debido a sus vacaciones en Mallorca -y le obsequió con una sonrisa entre pícaro y socarrón-. Rubén interrogó sobre la estancia de Pablo, y ella le respondió, sin quitarle atención, que se alojaron hacía dos días.

- ¿Iba con una chica?

- Sí. Una rubia algo más joven. *Elle parle très bien français* –intentaba sonar jovial-.

- ¿Sabes hacia dónde se dirigen?

- Llegaron en coche, hablando en español. Creo que pensaron que nadie les entendía –de nuevo aquella sonrisa que empezaba a hacer mella en Rubén-. **Schengen. Al este, hacia la frontera avec l'Allemagne.**

- Gracias. Muchas gracias –devolvió Rubén reconfortado por la información; incluso se atrevió a darle dos rápidos besos, casi de sopetón, de manera impensada-.

La chica volvió a regalarle esa risita, menos ingenua pero sin forzar.

- ¿Nos volveremos a ver?

- Seguro –atestiguó Rubén-.

...

Regresó sobre sus pasos hacia el centro de Esch, mucho más animado y enérgico. Compró el billete de autobús y en los escasos treinta minutos que tardó en recorrer los treinta kilómetros que separan ambas ciudades, sentado junto a una señora anciana, pudo averiguar de la existencia de una comuna hippie, una



especie de granja ecológica donde se hospedan jóvenes de toda Europa al albor de los barracones de una mina abandonada, junto a los viñedos inundados por el río Mosela.

Aquella conversación, el sol de agosto, la percepción del viaje... contagiaron de una inusitada alegría a Rubén. Con probabilidad estaba muy cerca de encontrar a su amigo, ahora lo percibía, sin embargo, no quería. Es decir, con la aventura había superado su timidez, vencido el miedo a la soledad, conocido gentes amables, y no deseaba que encontrar a Pablo supusiese retornar al antiguo Rubén.

Anduvo por las calles de la pequeña Schengen, deambulando como un turista sin dirección fija, y al llegar a los jardines del *Château*, allí estaba él. Apareció de manera imprevista; sentado, cabizbajo, apagado. Se acercó con prudencia y tomó asiento junto a su amigo.

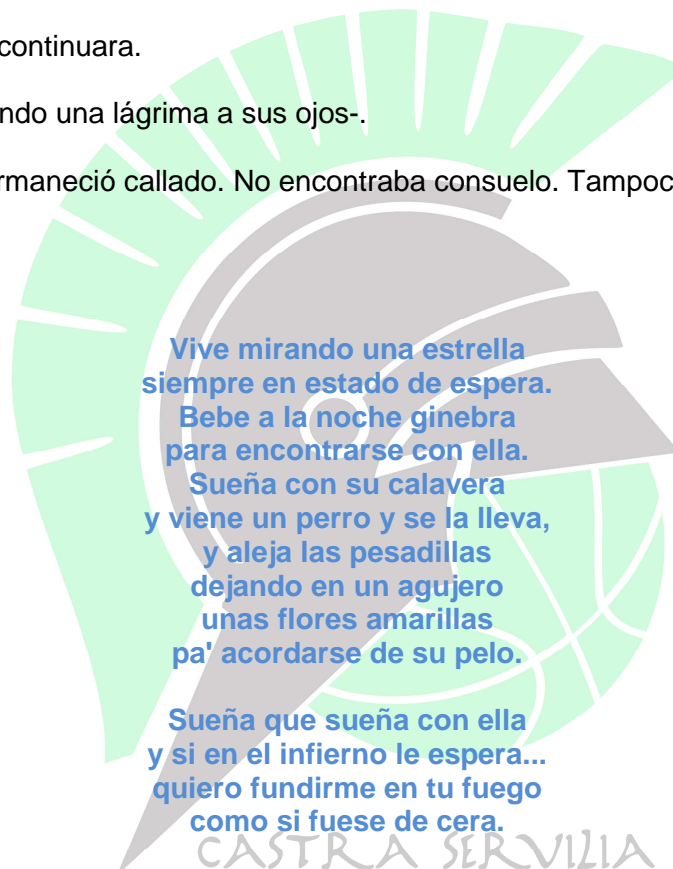
- **Se ha ido** –reconoció quejosamente-.

Aguardó en silencio a que continuara.

- **Se ha ido** –repitió asomando una lágrima a sus ojos-.

Rubén, miró al frente, y permaneció callado. No encontraba consuelo. Tampoco era necesario.

...



Los motivos, entonces, dejaron de importar, las llamadas no contestadas se convirtieron para Rubén en simples llamadas perdidas y aquel trayecto fue, aunque de eso se dio cuenta más tarde, un pretexto para volver.

Rubén abrazó a Pablo y le invitó a comer en la cafetería de la estación.

- **Lo siento** -susurró el joven protagonista de la huida sin levantar la mirada del plato. Rubén le pellizcó el cogote y le dio una pequeña colleja. Con eso barrió todos los resquicios de enfado que aún pudiera tener- **Perdí el móvil y...**

- **Lo sentirás mucho más como no lleguemos a tiempo a coger ese tren de vuelta. Le he dicho a mi madre que mañana volvemos. Cenarás en casa, tío. Tortilla de patatas... así que vamos, date prisa si no quieres defraudar a doña Dolores.**



Haciendo acopio de no se sabe que entereza empujó a su amigo hasta el andén y lo metió en la cabina. Se sentaron solos frente a una mesa.

- Era una chica magnífica.
- Sí y una maldit....

Rubén no pudo terminar la frase. Un hombre con gafas de sol y sonrisa amarilla se sentó a su lado:

- Las mujeres magníficas, son las mejores para maldecirlas un rato y seguir amándolas de por vida
- los chicos reconocieron en aquel rostro al hombre que les había acompañado en su viaje hacia Francia.
- Ah, como mi querida Else. Un placer volver a encontraros; ya os puedo llamar garçons, ¿no? ¿Queréis un trago de vino? Es del bueno ¿eh? De los viñedos de Burdeos.**

Los chicos cordialmente se negaron vislumbrando en aquella petaca ovalada los pómulos elevados de Régine. Pablo, quien había hecho el camino de ida entusiasmado con aquel señor, no le hizo ninguna pregunta y se puso sus cascos. Rubén totalmente agotado sólo pudo dormir, escuchando de fondo los elevados decibelios que salían de los auriculares de su compañero.

Antes de hacer la maleta
y pasar la vida entre andenes,
deja entrar a los ratones
para tener quien le espere.

Sueña con su melena
y viene el viento y se la lleva,
y desde entonces su cabeza
sólo quiere alzar el vuelo,
y bebe rubia la cerveza
pa' acordarse de su pelo.

Pablo despertó a Rubén:

- No voy a volver a casa. Ahora mismo allí tengo lo mismo que aquí, sólo que allí podré ver cómo mi padre se deshace los bolsillos en las máquinas. Sabes a lo que me refiero. Creo que nunca he sido más feliz que estos días y quiero...

Rubén cabreado soltó entonces toda su rabia.

- ¿Qué piensas? ¿Volver a buscarla?
- No, no, no, no. Ya he asumido que no la voy a volver a ver; lo supe en cuanto desperté sin ella. Pero no puedo volver a Dorestá, porque allí ni siquiera tengo algo que buscar.

Rubén contempló un rato los ojos llorosos pero decididos de su amigo y después pasó la vista por el hombre que estaba a su lado y que le dirigía una sonrisa amarilla.

- Está bien.



En *Avignon*, Pablo esperó para hacer el trasbordo de vuelta a Dorestá, mientras veía cómo el tren se transformaba en un punto en la lejanía.

Sueña que sueña la estrella
siempre en estado de espera;
vuelve a coger la botella
y pasa las noches en vela,
...siempre en estado de espera.

...

Al trimestre siguiente, y a pesar de que los periódicos del año anterior habían anunciado favorables cambios para esa nueva fecha del calendario, la economía no mejoró. Rubén volvió a hacer su mochila y preparó, esta vez solo, un viaje hacia *Esch*, donde ya había encontrado un empleo por internet, cerca de *Le Maison Rosati*. Le había dicho a aquella chica que iba a volver y ya estaba pecando de ser demasiado impuntual.

Tal vez, muchos años más tarde, las crisis, siempre con ese carácter de cíclicas, empujarán a dos jóvenes a montarse en uno de esos trenes digitales de alta velocidad que apenas rozarán los raíles. Tal vez, allí estará un hombre con la sonrisa cansada. Les hablará de una mujer magnífica que hablaba español y comía *croissants* al mismo tiempo que amanecía. Tal vez, ese hombre entonará una canción ya olvidada:

Non, rien de rien, je ne regrette rien.

